

CRONICA DEL AFRICA NEGRA

Persiste y se intensifica la acción externa sobre el Africa. Sus manifestaciones constituyen lo más destacable de la actualidad africana. Acción determinada por un doble imperativo: las exigencias estratégicas de la gran pugna ruso-yanqui por el dominio mundial y la imperiosa necesidad de buscar un complemento a la desequilibrada y empobrecida economía europea.

En el primer aspecto, consideraciones de índole estratégica sitúan al continente africano en un plano muy destacado. Se estima que su papel supera el ya considerable jugado en la anterior contienda. Que en el desarrollo efectivo de la pugna, si ésta es llevada a los últimos extremos, tenga o no la importancia asignada previamente es cuestión que no obsta. Se parte de la creencia de que ha de constituir una de las bases fundamentales de la guerra futura y a ello amoldan sus actuaciones los principales interesados.

Nos interesa desde nuestro punto de vista un aspecto de esta cuestión. ¿Qué repercusiones puede producir en la vida africana—y destacadamente del Africa subsahárica—esta acción preparatoria? En este sentido podemos destacar los siguientes extremos:

α) En razón de los medios de comunicación: El aislamiento tradicional del Africa negra está siendo superado. La integración material del continente ha entrado en una fase de aceleramiento. Aeródromos y puertos, carreteras y pistas, líneas telefónicas y estaciones de radiodifusión. Medios de penetración y medios de comunicación intercontinental. El principal obstáculo para el desenvolvimiento de Africa empieza a ser superado. Aunque no exclusivamente por razones estratégicas,

claro está. A veces, sí, son éstas las principales determinantes. (Ya la pasada contienda tuvo, durante su desarrollo, una influencia decisiva en este aspecto.) Otras veces consideraciones de esta índole actúan únicamente de impulso acelerador y cooperan en este sentido con las razones de tipo económico que determinan su planteamiento.

b) En razón de la integración política: Aun cuando sean otros factores los que influyan decisivamente en la tendencia aglutinadora, hemos de registrar la contribución que a ello presta la actual tensión internacional. Pues el común sentimiento de amenaza inminente crea en las potencias europeas que dominan el territorio africano un cierto sentido de solidaridad defensiva, sinó suficiente para superar los tradicionales antagonismos particularistas, propicio al menos a toda tendencia de efectiva colaboración.

c) En el sentido de la subversión racial: La idea revolucionaria de «liberación de los pueblos de color», enlazada con la lucha clasista y nacida más de un fondo de bajos rencores que de un efectivo interés hacia los pueblos dependientes, ha sido desde la revolución soviética encauzada por los directivos moscovitas hacia sus propósitos de dominación mundial. En este sentido, y al amparo de la estúpida complacencia «democrática» que determinados países europeos les otorgaba, han mantenido focos de agitación permanente. Los correspondientes partidos comunistas metropolitanos han sido generalmente el vehículo utilizado para ello. A raíz de la última guerra se ha acentuado esta labor agitadora, creándose ya centros directamente dependientes de Moscú—la Embajada en Adis Abeba o el Consulado de Pretoria han sido los últimamente destacados en este sentido—, polarizadores de toda actuación. A sabiendas de la irremediabilidad del futuro conflicto aprovecharon las propicias circunstancias que los aliados eventuales les ofrecían para situarse convenientemente, tanto en el campo teórico, declarándose a la vanguardia de la triunfante ideología democrática, como en el de la acción al colocar gente afectada en posiciones interesantes desde el punto de vista de la actuación ulterior. Y así la agitación subversiva se ha acentuado progresivamente. Sin otro objetivo por el momento que la agita-

ción en sí, a fin de impedir asentar las bases de una convivencia pacífica. Es fácil el momento para la exacerbación de los rencores raciales. Ahora que las relaciones interraciales han de entrar en una nueva etapa, y para lograr el necesario reajuste es precisa cierta tranquilidad. La conuoción de la guerra y sus efectos; las dificultades económicas, repercusión en el mundo negro del desbarajuste mundial; la nueva mentalidad insolente de los ex combatientes; la baja moral del elemento colonizador, etc. Todo es propicio a la actuación agitadora. Porque la propaganda comunista se adapta maravillosamente al medio en que se desenvuelve. Cualquier procedimiento sirve a sus propósitos. Unidades laborales, sociedades secretas, partidos políticos o asociaciones deportivas. Su ilimitada elasticidad ideológica—desvinculada para la propaganda de todo principio—le permite defender posiciones marcadamente antagónicas.

La reacción de las autoridades coloniales ante esta forma de actuación ha pasado por distintas etapas. Primeramente hubo una especie de conspiración del silencio. Los frecuentes disturbios eran considerados como manifestaciones espontáneas, aisladas, sin otra conexión entre sí que el ser ocasionadas por una común situación de desasosiego lógica en las dificultades de la postguerra. Desde luego esta situación existía; pero tras los acontecimientos, a veces sangrientos, en que se manifestaba no era difícil entrever un motivo impulsor que lo exacerbaba.

La existencia de éste se ha puesto ya oficialmente de manifiesto—declaraciones del gobernador de Keña respecto a un abortado complot, informe de la comisión investigadora sobre los sucesos de Costa de Oro, etc.—. La responsabilidad de los agitadores soviéticos aparece expresa. Ahora bien: señalado el origen, ¿cuáles son los medios puestos en efectividad para impedir su actuación? Es aquí donde se manifiesta claramente la toma de posiciones en el campo ideológico a que antes aludía al haber hecho aceptar al adversario ciertos principios—consecuencia lógica de la hiperestesia democrática que padecemos—que dificultan toda acción represiva.

No debe, pues, subestimarse la acción comunista sobre África; pero tampoco debemos caer en el extremo contrario. Las

posibilidades comunistas en África están, naturalmente, limitadas por las especiales condiciones del medio. Sólo en las masas proletarizadas encuentra ambiente propicio. Y éstas están en gran desproporción, dentro de la total población negra, con la que aún permanece adscrita a los círculos tradicionales, impermeables a toda ideología extraña. Además, como la organización del mecanismo coactivo, que siempre respalda con su técnica de terror las actividades comunistas, es aún muy rudimentario, tropiezan con la gran versatilidad propia del negro, siempre a la deriva de apetencias momentáneas y sin poder sustituir la falta de voluntad de persistencia necesaria para la acción efectiva por una coerción externa continuada. La inconstancia en los propósitos y las rivalidades siempre a flor rompen frecuentemente la necesaria unidad de acción. Rivalidades que unas veces son proyección de las existentes entre los distintos círculos de procedencia y otras veces simples expresiones de la susceptibilidad de los eventuales cabecillas.

Se proyecta una gran transformación del continente africano en sus supuestos materiales. Se intenta nada menos que la puesta en valor de todos sus recursos. África, de gran reserva, va a convertirse en una espléndida realidad, o al menos así se pretende, en virtud de los efectos más o menos mágicos de los grandes planes de explotación que las potencias europeas elaboran y que los Estados Unidos prometen respaldar con el desinterés que les caracteriza. Las «Colonial Development and Welfare Acts» no son sino pálidos anticipos de lo que ahora se pretende. Europa necesita de apuntalamientos para su economía maltrecha y, ahora que le han sido cercenadas las restantes vías de expansión, se proyectan sobre África las más variadas fantasías. Explotaciones agrícolas en gran escala. Irrigación de extensas comarcas. Aprovechamiento de las posibilidades hidroeléctricas. Intensificación de la explotación minera, etcétera. La imaginación enfebrecida de la Europa hambrienta tiñe de tonos rosados el próximo futuro del Continente Negro.

No es nueva la tendencia. Sobre la conveniencia de subordinar África a la economía europea planeó copiosa e insistientemente la propaganda germánica antes y, sobre todo, durante

la guerra. La Italia fascista tiene las prínicias de la elaboración de proyectos más o menos fantásticos para la transformación de África—ya casi se ha olvidado aquél de la inundación del Sahara—; y, en cuanto a realizaciones efectivas, ya en el plano de lo inmediatamente posible, no podemos disputarle un destacadísimo lugar.

Los viejos sueños europeos se reverdecen. La gran unidad euroafricana, tan acariciada por los ilusos planificadores de la Alemania vencida, va a ser intentada ahora por sus vencedores. El signo económico preside fundamentalmente los propósitos. Tanto que en la exposición de propósitos la casi ritual frase justificativa «elevación del nivel material del indígena» es, a veces, olvidada. Es bajo el imperativo de urgentes necesidades como se elaboran aceleradamente los grandes planes de explotación.

No es fácil prever hasta dónde llegarán en su realización. El medio africano es propicio a dificultades inesperadas. Los obstáculos imprevistos que dificultan la ejecución del «East Africa Groundnuts Scheme» pueden templar adecuadamente las prematuras ilusiones y dificultar todo otro intento de improvisación.

Porque toda cautela es poca en este género de realizaciones. Grandes recursos van a ser movilizados. Pero es preciso que esto no se haga pensando en unas condiciones de la economía mundial que acaso no perduren en el momento de la efectividad. Tras la movilización de recursos viene la movilización de las masas humanas. Grandes sectores de vida indígena, aun encuadrados en sus círculos tradicionales, van a ser irremediabilmente proletarizados. Los que aún se conservan dentro de la norma tradicional han de sufrir un duro embate. Esto traerá consigo trastornos de los que ahora tenemos en pequeña escala lastimosos ejemplos. ¿Se estudian al menos los procedimientos que, si no eviten, al menos atenúen estos inexorables efectos? Nada hemos visto en este sentido que ofrezca una mínima garantía. Se habla, eso sí, de incrementar la labor educativa. Pero sólo en un sentido: en el de aumento de los medios presupuestarios.

La realización de grandes proyectos exige cierta colaboración entre las potencias que dominan los distintos territorios africanos. Se ha realizado bastante en este sentido, aun cuando abunden más las declaraciones favorables que la acción efectiva. La integración se realiza por el momento dentro del ámbito de dominio de cada potencia. Esto hace que el contacto entre los distintos grupos étnicos indígenas sea más íntimo. Y que se despierten antiguas rivalidades de grupo, adormecidas bajo la paz subsiguiente a la ocupación colonizadora. Por ejemplo, y para no citar más que uno entre los más característicos, la creciente rivalidad ibo-yoruba. Porque en estos casos el común rencor racial hacia el ocupante no es suficiente para superar viejos antagonismos.

Tras el triunfo electoral nacionalista en la Unión Sudafricana se ha iniciado una corrección de la política racial seguida estos últimos años. Política condicionada en gran parte por las exigencias de la guerra. Las nuevas orientaciones vuelven un poco a los antiguos principios de delimitación de las recíprocas esferas de convivencia. Smuts, el presidente derrotado, ha afirmado que las relaciones raciales han retrocedido en cincuenta años. Nos parece un poco simplista esta interpretación del actual fenómeno sudafricano. Porque no debemos dejar de tener presente que durante los años finales del mando de Smuts las relaciones raciales llegaron a unos extremos que la reacción contra este estado de cosas fué acaso el factor que más contribuyó a la derrota del viejo mariscal. Y que culpar a la política del doctor Malan o del doctor Jansen de incidentes como los recientemente producidos en Durban, y que responden a un estado de odio, larvado durante decenios, no es más que un intento de querer descargar unilateralmente y con fines de propaganda política una responsabilidad que a todos abarca.

L. TRUJEDA INCERA.